

CAPÍTULO PRIMERO

LA EVOLUCIÓN DE LA VIDA. — MECANISMO
Y FINALIDAD

La duración. La existencia de que estamos más seguros y que mejor conocemos es indudablemente la nuestra, porque de los demás objetos tenemos nociones exteriores y superficiales, mientras que á nosotros mismos nos percibimos interiormente, profundamente. ¿Qué notamos, entonces, en nosotros, y cuál es para nosotros el sentido exacto de la palabra existir? Recordaremos en pocas palabras las conclusiones de un trabajo anterior.

Lo primero, en mi propia observación interior, es que noto que paso de un estado á otro: que tengo calor ó frío, estoy triste ó alegre, trabajo ó no hago nada, miro lo que me rodea ó pienso en otra cosa. Sensaciones, sentimientos, voliciones, representaciones, son modificaciones entre las cuales se divide mi existencia y que sucesivamente le dan color. Cambio, pues, sin cesar; pero esto no es bastante decir;

hay algo más. Efectivamente, hablo de cada uno de esos estados míos como si formase un todo. Es cierto que digo que cambio; pero parece como que el cambio consistiera en el paso de un estado al estado que le sigue, y me complazco en creer que de cada estado, tomado aisladamente, persiste lo que él mismo es, durante el tiempo que el estado se produce. Sin embargo, un leve esfuerzo de atención me revelaría que no hay afección, representación ni volición que no se modifiquen constantemente, y que si un estado de alma cesase de mudar, su duración cesaría, en el acto, de fluir.

Consideremos el más estable de los estados internos: la percepción visual de un objeto exterior inmóvil; por más que el objeto siga siendo el mismo, por más que lo mire de un mismo lado, bajo un mismo ángulo, á la misma luz, la visión que tengo ahora de él será siempre distinta de la que he tenido antes, aunque sólo sea por lo que ésta ha envejecido en un instante; siempre sentiré que mi memoria va impulsando algo de ese pasado hacia este presente. Mi estado de alma, al avanzar por el camino del tiempo, se abulta y crece con la duración que pasa: hace como una bola de nieve consigo misma. Y esto en un estado casi externo.

Con mayor razón ello sucede en los estados más profundamente interiores: sensaciones, afecciones, deseos, etc., que no corresponden, como la simple percepción visual, á un objeto

exterior invariable. Pero resulta cómodo no prestar atención á ese mudar constante y sólo advertirlo cuando llega á ser bastante grande, como para reprimir una actitud nueva al cuerpo y dirección nueva á la atención; en ese momento exacto se nota haber cambiado de estado.

La verdad es que se cambia sin cesar, y que el estado mismo es ya un cambio. Es decir, que no hay esencial diferencia entre pasar de un estado á otro y persistir en el mismo estado. Si el estado que sigue siendo el mismo es más variado de lo que se cree, también, y á la inversa, el paso de un estado á otro seméjase más de lo que se imagina á un mismo estado que se prolonga. La transición es continua.

Pero precisamente porque cerramos los ojos ante la incesante variación de cada estado psicológico, en cuanto ésta llega á ser tan considerable que se impone á nuestra atención, nos creemos obligados á hablar como hablaríamos si un nuevo estado se hubiese agregado al precedente, suponiendo siempre que éste permanece á su vez invariable, y así sucesiva é indefinidamente.

De modo que la aparente discontinuidad de la vida psicológica depende de que nuestra atención se fija en ella por una serie de actos discontinuos; en donde realmente hay una pendiente suave creemos percibir, siguiendo la línea quebrada de nuestros actos de atención, los peldaños de una escalera.

En realidad, nuestra vida psicológica está llena de lo imprevisto; surgen en ella mil incidentes que parecen distintos de los que les preceden y no acordarse con los que les siguen. Pero la discontinuidad de sus apariciones se destaca sobre la continuidad de un fondo, sobre el que se dibujan y al cual deben los intervalos que las separan; son como los golpes de timbal que estallan de vez en cuando en una sinfonía. Nuestra atención se fija en aquellos incidentes porque le interesan más; pero cada uno de ellos es arrastrado por la masa flúida de nuestra existencia psicológica entera; cada uno de ellos es el punto mejor iluminado de una *zona movidiza* que abarca todo lo que sentimos, pensamos ó queremos; en una palabra, todo lo que somos en un momento dado. Esa *zona entera* es la que realmente constituye nuestro estado, y estados así definidos no puede decirse que sean elementos distintos, sino que unos vienen después de los otros y se continúan en una corriente sin término.

Lo que hay es que, como nuestra atención primeramente los ha distinguido y separado de un modo artificial, se ve luego obligada á unirlos con un lazo también artificial; así llega á imaginarse un *yo* amorfo, indiferente é inmutable, por el cual desfilarían ó se enfilarian aquellos estados psicológicos que antes ha erigido en entidades independientes; donde hay fluidez de matices fugaces que uno al otro se borran, nuestra atención cree ver colores mar-

cados (se dirá sólidos) que se yuxtaponen como las distintas perlas de un collar, siéndole entonces forzoso suponer un hilo, también sólido, que mantenga las perlas juntas.

Pero si este *subtractum* incoloro es sin cesar coloreado por lo que lo cubre, para nosotros será, por indeterminado, como si no existiese, porque nosotros no percibimos más que lo que tiene color, es decir, nuestros estados psicológicos.

Y es que, en puridad, ese *subtractum* incoloro no es una realidad; para nuestra conciencia no es más que un signo destinado á recordarle en cada momento el carácter artificial de la operación por la cual la atención yuxtaponen un estado á otro estado. Si nuestra existencia se compusiera de estados separados cuya síntesis estuviera á cargo de un *yo* impasible, no habría duración para nosotros porque un *yo* que no cambia, no dura, y un estado psicológico que sigue siendo idéntico á sí mismo, mientras no lo reemplaza un estado siguiente, dura menos todavía. Por más que se alinien unos estados al lado de otros sobre un *yo* que sea su sostén, nunca esos sólidos enfilados con otros sólidos sobre algo sólido producirán duración que corra, que fluya. Se obtendrá quizá una imitación artificial de la vida interior, un equivalente estático de ella que se prestará á las exigencias de la lógica ó del lenguaje por haberse eliminado (en la imitación) el tiempo real; mas para la vida psicológica, tal como

transcurre por debajo de los símbolos que la encubren, nótase fácilmente que el tiempo es su mismo tejido, la tela de que está fabricada.

Advirtiéndolo que no hay tela más resistente y substancial, porque nuestra duración no es un instante que sustituye á otro. Con esto no habría nunca más que presente, no habría prolongación de lo pasado en lo actual, ni evolución, ni duración concreta. La duración es el progreso continuo del pasado, que va royendo el porvenir y que se hincha al avanzar; desde que el pasado se acrecenta de continuo, indefinidamente también se conserva. La memoria, como hemos tratado de demostrar (1), no es la facultad de clasificar recuerdos en el cajón ó de inscribirlos en un registro; no hay cajón ni registro, ni, propiamente hablando, facultad, porque una facultad se ejerce con intermitencia cuando quiere ó cuando puede, mientras que el juntarse y amontonarse el pasado sobre el pasado, es cosa que no admite tregua.

En realidad, el pasado se conserva por sí mismo, automáticamente; no hay duda de que está con nosotros y nos sigue á cada instante que transcurre; lo que desde nuestra infancia hemos sentido, pensado y querido, ahí está, inclinándose sobre el presente, que se le va á unir, haciendo fuerza sobre la puerta de la conciencia que quiere dejarlo fuera. Precisamente

(1) «Matière et Memoire», chap. II et III.

el mecanismo cerebral está hecho de modo de echar la casi totalidad de ese pasado hacia lo inconsciente para no dejar penetrar en la conciencia, más que lo que puede ilustrarla sobre la situación presente, ayudar la acción que se prepara, en una palabra, dar un rendimiento *útil*. Cuando más, algunos recuerdos de lujo entran por la puerta mal entornada y pasan como de contrabando; mensajeros de lo inconsciente, nos enteran de lo que arrastramos tras de nosotros sin saberlo. Pero aunque no tuviéramos de ellos una idea muy precisa, sentiríamos vagamente que ahí está nuestro pasado, siempre presente.

En efecto. ¿Qué somos nosotros y qué es nuestro carácter, sino la condensación de la historia que hemos vivido desde nuestro nacimiento, aun desde antes, ya que traemos con nosotros disposiciones prenatales ó anteriores á nuestro nacimiento? Como pensar, ciertamente no pensamos más que con una pequeña parte de nuestro pasado; pero desear, querer, obrar, son cosas en que entra nuestro pasado entero y aun nuestro pliegue original de alma. Así nuestro pasado se nos manifiesta de un modo integral por la fuerza que hace, bajo forma de tendencia, aunque sólo una pequeña parte de él se nos aparezca como representación.

De esta supervivencia del pasado surge la imposibilidad de que una conciencia pase dos veces por un mismo estado; aunque las cir-

cunstancias sean las mismas, no obrarán sobre la misma persona, puesto que cada vez la tomarán en un momento nuevo de su historia. Porque nuestra personalidad, que se va construyendo con experiencia aumentada, cambia sin cesar, y cambiando, impide que un estado, aunque sea idéntico á sí mismo en superticie, se repita en profundidad. Por esto nuestra duración no puede volver hacia atrás; es irreversible; no podemos revivir de ella una parte, porque para ello tendríamos que empezar por suprimir el recuerdo de todo lo que vino después; en rigor, podríamos borrar el recuerdo de nuestra inteligencia, pero no de nuestra voluntad.

Así nuestra personalidad crece, se agranda y madura sin cesar; cada movimiento suyo es algo nuevo que se agrega á lo que había antes. Digamos más: ya no sólo es algo nuevo, sino algo imprevisto y que no podía preverse. Cier- to es que mi estado actual se explica por lo que en mí había y por lo que sobre mí actuaba hace un momento; el análisis no me daría otros elementos; pero una inteligencia, por sobre- humana que se la suponga, no hubiera podido prever la forma simple é indivisible que da á esos elementos abstractos, su organización concreta.

¿Qué es prever? Proyectar en el porvenir lo que se ha percibido en el pasado ó representarse para más tarde los elementos ya percibi- dos, pero en una nueva combinación, según

distinto orden. Siendo así, lo que además de ser simple, no se ha percibido nunca, no se puede prever. Y tal sucede con cada uno de nuestros estados, considerado como un mo- mento de una historia que va desarrollándose: es simple y que no puede haber sido antes per- cibido, desde que concentra en sí todo lo ya percibido, y además, lo que el presente le agre- ga; es un momento original de una historia no menos original.

Un retrato concluido se explica por la fiso- nomía del modelo, la naturaleza del artista y los colores extendidos en la paleta; pero aun conociendo todo esto, nadie, ni aun el mismo artista, hubiera podido prever exactamente cómo sería el retrato, porque predecirlo hu- biera sido producirlo antes de que fuese pro- ducido, hipótesis absurda que por sí misma se destruye. Lo mismo puede decirse de los mo- mentos de nuestra vida cuyos artistas somos; cada uno de ellos es una especie de creación; y lo mismo que el talento del pintor se forma ó se deforma, y siempre se modifica bajo la in- fluencia de las obras que produce, cada uno de nuestros estados, á la vez que brota de nos- otros, modifica nuestra persona, por ser la for- ma nueva que acabamos de darnos. Por esto es exacto decir que lo que hacemos depende de lo que somos; pero á esto debe añadirse que en cierto modo somos lo que nos hacemos, y que nos creamos continuamente á nosotros mismos.

Por otra parte, esta creación de uno por uno mismo es más completa en cuanto más se razona sobre lo que se hace, porque la razón no procede en esto como en geometría, donde las premisas se dan de una vez para siempre é impersonales, por lo que imponen una conclusión impersonal, sino que, por el contrario, unas mismas razones podrán decidir á personas distintas ó á una misma persona en momentos distintos á actos totalmente diversos, aunque todos igualmente razonados y razonables; en puridad no serán las mismas razones, porque no son las de la misma persona ni del mismo momento; por esto no se puede proceder con ellas abstractamente, de la parte de afuera, como en geometría, ni uno puede resolver los problemas que la vida plantea á otro, sino que cada cual debe resolverlos por dentro y por su propia cuenta.

Pero no debemos ahondar en este punto: tratábamos sólo de buscar el sentido exacto que nuestra conciencia da á la palabra *existir*, y hemos hallado que para un ser consciente existir es mudar, mudar hasta la madurez, madurar hasta crearse indefinidamente á sí mismo. ¿Cabe decir otro tanto de la existencia en general?

Los cuerpos inorganizados. Un objeto material cualquiera presenta caracteres contrarios á los que acabamos de considerar: ó continúa siendo lo que es, ó si cambia bajo la influencia de una fuerza exterior, nos representamos su cambio como mudanza y nueva repartición de sus partes que no cambian. Si esas partes tratasen de cambiar, las fragmentaríamos y llegaríamos hasta las moléculas de que se componen los fragmentos, hasta los átomos constitutivos de esas moléculas, hasta los corpúsculos engendrados de esos átomos hasta lo "imponderable", en cuyo seno el corpúsculo se forma, quizá por un simple torbellino; llevaríamos la división ó el análisis hasta donde hiciera falta para hallar lo inmutable.

Añadiremos que el objeto compuesto cambia por la mudanza de sus partes; pero que cuando una de éstas ha dejado una posición nada le impide volver á adoptarla: un grupo de elementos que ha pasado por un estado puede siempre volver á él, si no por sí mismo, á lo menos por el efecto de una causa exterior que todo lo vuelva á poner en su sitio, que es lo mismo que decir que un estado del grupo (ú objeto compuesto) podrá repetirse tantas veces como se quiera sin que envejezca. No tiene historia. Por esto en él no se crea nada, ni forma, ni materia; lo que el grupo será está ya presente en lo que es, comprendiendo, por supuesto, en lo que es, todos los puntos del uni-

verso con los que se le supone en relación. Una inteligencia sobrehumana podría calcular para cualquier momento del tiempo la posición de cualquier punto del sistema en el espacio, y como no hay en la forma de un todo nada más que la disposición de sus partes, las formas futuras del sistema serían visibles (en teoría) al través de su configuración actual.

En efecto, toda nuestra creencia en las cosas, todas nuestras operaciones sobre los sistemas, se fundan en la idea de que el tiempo no ejerce acción sobre ellos. Algo de esto tratamos en un trabajo anterior, y en el curso del presente volveremos al punto.

Por de pronto, bastará con hacer notar que el tiempo abstracto, t , atribuido por la ciencia a un objeto material ó a un sistema aislado, no á un número determinado de simultaneidades, ó más generalmente dicho, de correspondencias, y que ese número sigue siendo el mismo, cualquiera que sea la condición de los intervalos que separan unas correspondencias de otras. Cuando se habla de la materia bruta, jamás se trata de esos intervalos, y si se los toma en consideración, es para contar nuevas correspondencias entre las cuales todavía podrá pasar todo lo que se quiera de la materia.

El sentido común, que sólo se ocupa de objetos separados, como la ciencia que no se ocupa más que de sistemas aislados, se colocan en las extremidades de los intervalos y no á lo

largo de éstos. Por esto cabe imaginar que el flujo del tiempo adquiriera una rapidez infinita y hasta que todo el pasado, el presente y el porvenir de los objetos materiales ó de los sistemas aislados, de golpe se pusieran de manifiesto en el espacio; sin embargo, nada habría que modificar en las fórmulas del sabio ó en el lenguaje del sentido común: el número t continuaría significando lo mismo y seguiría contando el mismo número de correspondencias entre los objetos ó de sistemas y los puntos de la línea ya trazada por entero y que sería "el curso del tiempo".

Sin embargo, la sucesión es un hecho innegable aun en el mismo mundo material; en vano nuestros razonamientos sobre los sistemas aislados admiten que la historia de cada uno de éstos, su pasado, presente y futuro, podrían desplegarse de golpe en abanico; su historia seguiría desarrollándose dentro de cierto tiempo y medida como si ocupase una duración análoga á la nuestra. Si quiero preparar un vaso de agua con azúcar, por más que haga, tengo que esperar que ésta se disuelva, hecho pequeño, preñado de enseñanzas, porque el tiempo que debo esperar no es el número t , ese tiempo matemático que se aplicaría á lo largo de toda la historia del mundo material, aunque de golpe ella se pusiera de manifiesto en el espacio, sino que coincide con mi impaciencia, es decir, con determinada parte de mi duración, que no puede alargarse ni encogerse á

voluntad. No es cosa pensada, sino cosa vivida; no es una relación, es cosa absoluta, lo cual equivale á decir que el vaso de agua, el azúcar y el proceso de disolución de éste en aquélla, son abstracciones y *que el todo, en el cual han sido cortadas ó aisladas por mis sentidos, quizá progresa* á LA MANERA DE UNA CONCIENCIA.

No es que sea del todo artificial la operación, con la cual la ciencia aísla, limita y cierra un sistema; tiene un fundamento objetivo, sin el cual no tendría explicación que en unos casos fuera muy indicada y en otros imposible. Hemos de ver que la materia tiende á constituir grupos separados ó aislables que pueden ser tratados geoméricamente, y es por esta tendencia que luego la definiremos; pero esto no es más que una tendencia, porque la materia no va hasta el fin y el aislamiento no es nunca total; si la ciencia va hasta el fin y aísla completamente, es para comodidad de su estudio; sobreentendiéndose que el sistema que se supone aislado sigue sometido á ciertas influencias exteriores; pero las da de lado, ó por ser tan débiles que puede dejarlas, ó porque se reserva tomarlas en cuenta más tarde. Y, sin embargo, esas influencias son otros tantos hilos que ligan el sistema á otro más vasto y éste á un tercero que abarca á los dos, y así sucesivamente hasta llegar al sistema más objetivamente aislado y el más independiente de todos, el sistema solar tomado en conjunto; aun aquí,

el aislamiento no es absoluto, porque nuestro sol irradia luz y calor hasta más allá del planeta más lejano, y además, se mueve en una dirección determinada, arrastrando consigo planetas y satélites. El hilo que le une con el resto del universo es ciertamente muy ténue, pero á lo largo de ese hilo se transmite la duración, inmanente al todo universal, hasta la más pequeña parte de este mundo en donde vivimos.

El universo dura. Cuanto más ahondemos en la naturaleza del tiempo, mejor comprendemos que durar significa invención, creación de formas, elaboración continua de lo absolutamente nuevo. Y como los sistemas aislados y limitados por la ciencia están indisolublemente unidos con el resto del universo, duran. Ciertamente es que en el universo hay que distinguir, como luego veremos, dos opuestos movimientos, uno de bajada y otro de subida, y que el primero desarrolla un rollo ya preparado, pudiendo en principio realizarse de un modo casi instantáneo como un resorte que se afloja de golpe. Pero el segundo, que corresponde á un trabajo interior de maduración ó de creación, dura esencialmente é impone su ritmo al primero, que es inseparable de él.

No hay, pues, nada que se oponga á que atribuyamos á los sistemas que la ciencia aísla, si se los reintegra al todo, una duración, y, por tanto, una forma de existencia análoga á la nuestra. Pero hay que reintegrarlos. Y lo mis-

mo cabría decir, *á fortiori*, de los objetos limitados por nuestra percepción. Los contornos distintos que atribuimos á un objeto y que le confieren individualidad, no son más que el dibujo de cierto género de *influencia* que podríamos ejercer sobre un punto determinado del espacio; cuando percibimos las superficies y las aristas de las cosas, no vemos, en realidad, más que el plan de nuestras acciones posibles, que es devuelto á nuestros ojos como por un espejo. Si se suprime esta acción, y por consiguiente los anchos caminos que de antemano se abren, por medio de la percepción, en la complicación de lo real, la individualidad de aquel cuerpo es de nuevo absorbida dentro de la universal retroacción, que es, sin duda alguna, la realidad misma de las cosas todas.

Los cuerpos organizados. Hasta ahora hemos contemplado los objetos materiales tomados al azar. Pero, ¿no los habrá privilegiados?

Decíamos que los cuerpos brutos son cortados en el tejido de la naturaleza por una percepción cuyas tijeras en cierto modo van siguiendo el puntillado de las líneas por las cuales la *acción* pasaría. Pero, ¿el cuerpo que ejercerá esta acción, el cuerpo que antes de ejecutar acciones reales ya proyecta sobre la

materia el dibujo de sus acciones virtuales, el cuerpo que con sólo apuntar con sus órganos sensoriales al flujo de lo real lo hace cristalizar en formas definidas y crear así todos los demás cuerpos, el *cuerpo vivo y viviente*, en una palabra, es un cuerpo como los demás cuerpos?

Indudablemente, consiste también en una porción de la extensión unida al resto de la extensión, solidaria del todo, sometida á las mismas leyes físicas y químicas que gobiernan cualquier porción de la materia. Pero en tanto que la subdivisión de la materia en cuerpos aislados es relativa á nuestra percepción y la constitución de sistemas cerrados de puntos materiales es relativa á nuestra ciencia, el cuerpo viviente ha sido aislado y cerrado por la naturaleza misma: se compone de partes heterogéneas, que unas á otras se completan, y realiza funciones distintas, que unas se implican en otras. Es un *individuo*, cosa que no se puede decir de ningún otro objeto, ni siquiera del cristal, porque un cristal no tiene heterogeneidad de partes ni diversidad de funciones.

Realmente no es cosa fácil determinar, aun dentro del mundo organizado, lo que es individuo y lo que no lo es; ya la dificultad es grande en el reino animal; pero casi es invencible tratándose de vegetales; esta dificultad depende, por otra parte, de causas profundas sobre las cuales insistiremos más adelante; allí veremos que en la individualidad caben infinidad